



Nós, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE S. LUIS POTOSÍ, PRELADO DOMÉSTICO
DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL
SOLIO PONTIFICIO.

A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIOCESI

SALUD Y BENDICION.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:

AL continuar la publicación de la admirable Encíclica de que os hemos hecho ya gustar el principio, no podemos menos que repetiros las exhortaciones que hacía San Pablo á los Tesalonicenses, en la epístola que canta la Iglesia el segundo domingo de Cuaresma, en cuyo día se os leerá esta Nuestra carta. *Os rogamos (dice) y os suplicamos ancarecidamente en Jesucristo Nuestro Señor, que conforme á las doctrinas que os hemos enseñado, acerca del modo de conservar y agradar á Dios, así converséis para ir creciendo.* Muy prácticas

son las lecciones que os da Nuestro venerado Pontífice y que Nós por su orden os repetimos; y aunque parezcan á alguno difíciles, la gracia del Señor le allanará sin duda el camino. Escuchadlas.

IV

“Cuán cruda y cuán variada sea la guerra que contra la Iglesia se ha encendido por todos lados, casi no conviene repetirlo en este lugar. Porque ha tocado á la razón, por medio de investigaciones científicas, la suerte de descubrir muchas cosas envueltas por la naturaleza en profundo misterio, y de adaptarlas con buen éxito á las comodidades de la vida, los hombres han tomado tales bríos, que juzgan que ya pueden desterrar de la vida ordinaria á la Divinidad y toda intervención divina.

“Engañados por esta errónea doctrina, entregan á la humana naturaleza la soberanía que arrebatan á Dios; pregonan que á la naturaleza hay que pedir el principio y la norma de toda verdad; y que de ella emanan, y á ella han de referirse todos los deberes de la religión. De aquí se sigue que nada nos ha sido enseñado por Dios; que no hay que sujetarse á la disciplina de la moral cristiana ni que obedecer á la Iglesia; que en ésta no reside potestad alguna, para promulgar leyes, ni derecho de ningún género; que no debe, por último, darse lugar alguno á la Iglesia en las instituciones políticas. Procuran, y luchan con todas sus fuerzas por apoderarse de los go-

biernos, y empuñar las riendas de los Estados, para poder más fácilmente normar las leyes á estas doctrinas, y amoldar á ellas las costumbres de los pueblos. Así es que casi en todas partes, ó se ataca abiertamente ó se mina en secreto el catolicismo; y mientras se da plena libertad á toda clase de errores por perversos que sean, se aherroja la pública profesión de la verdad cristiana con pesadas cadenas.

“En circunstancias tan aciagas, el primer deber de cada uno estomar sus precauciones y esforzarse por conservar cuidadosamente la fe profundamente arraigada en el alma, precaviendo los peligros, y estando siempre armado muy especialmente contra las falacias y sofismas del día. Para la conservación de esta virtud juzgamos utilísimo y muy acomodado á los tiempos que corren, el estudio diligente, según la capacidad y disposiciones de cada uno, de la doctrina cristiana, y el empaparse, con el mayor ahinco posible, en todo aquello que se refiere á la religión, y que nuestra limitada razón puede alcanzar. Y como es necesario que la fe no sólo se mantenga en nuestras almas pura é incorrupta, sino que se aumente y crezca más y más cada día, á menudo debemos reiterar al Señor la ferviente y humilde súplica de los Apóstoles: *aumenta en nosotros la fe* (LUC. XVIII, 5).”

En los anteriores renglones se ve patente el ojo vigilante del Vicario de Jesucristo que, como el sol, alumbra hasta los más recónditos lugares, y todo lo ve, por remoto y escondido que se encuentre. Al hablar de la guerra que se hace á la Iglesia, unas veces sorda y solapada, otras veces abierta y violenta, no parece sino que, para

modelo de su triste cuadro, ha tomado lo que pasa en nuestro derredor. Lo palpáis á cada instante, Hermanos é Hijos Nuestros, y veis también el empeño con que se procura impedir nuestras justísimas quejas. Estáis presenciando la desenfrenada licencia de la prensa impía, y la mordaza que ahoga á todo escritor católico. Ya de mucho tiempo á esta parte, hemos gemido al ver la circulación que se da inmediatamente á cuanta lucubración inmunda nos viene de Europa; mientras, por el contrario, casi nadie conoce las brillantes producciones que de plumas católicas emanan en todas partes del mundo. Habéis escuchado también los lamentos que exhalan los hombres pensadores, al ver que ya por cobardía, ya por indiferencia, ya por ignorancia, hasta los buenos contribuyen á la difusión de las perversas doctrinas, y ayudan á los malos por lo menos con su silencio.

No necesitan de interpretación las instrucciones que os da el Sumo Pontífice. Poner todos los medios que estén á vuestro alcance para conservar la fe que os legaron vuestros padres, estudiarla á fondo, armaros de sólido saber para poder defenderla contra los ataques tan impíos como insulsos que cada día se le dirigen, he aquí vuestro deber principal. Esto no se hace, amados Hijos, con la lectura de frívolas novelas, de escritos antireligiosos, de periódicos impíos é imorales. Aunque os figuréis que tales lucubraciones no hacen mella en vuestras almas, la experiencia cotidiana demuestra lo contrario; y esta ciega temeridad con que, á despecho de oportunos avisos, tantos de vosotros se han expuesto al peligro, es lo que ha debilitado la fe y corrompido el corazón de muchos, al parecer invulnerables. ¡Oh Señor! Escucha

la plegaria que á nombre de nuestros Diocesanos os dirigimos: corrobora, enardece, aviva, aumenta, acrece la fe que tanto se ha apagado en nuestros pechos: *adauge nobis fidem.*

V

“En este mismo linaje, tocante á la fe cristiana, hay otros deberes, cuya exacta y religiosa observancia, si bien en todos tiempos importante para nuestra salvación, es en los presentes del más alto interés. En medio de este frenesí que, como hemos dicho, reina universalmente en materia de opiniones, el tomar sobre sí la defensa de la verdad, y arrancar de raíz los errores, es sin duda alguna deber de la Iglesia, y deber tal que en todos tiempos y con todo empeño debe cumplirlo, porque el honor de Dios y la salvación de los hombres, están á su cuidado cometidos. Pero cuando la necesidad es urgente, no sólo compete á los que mandan el velar por la conservación de la fe, sino que (como dice Santo Tomás, II.-II. Quest. III. a. II. ad 2) *todos y cada uno están obligados á comunicar á los otros su fe, ya sea para la instrucción ó confirmación en ella de los demás fieles, ya sea para poner coto á la audacia de los impíos.*

“Retirarse frente al enemigo, ó por lo menos guardar silencio, cuando por todos lados se levanta una grita tan destemplada para aniquilar la verdad, revela cobardía, ó por lo menos duda inconsecuente, acerca de las verdades que se aparenta profesar. Ambas cosas son igualmente torpes é injuriosas á Dios; ambas repugnan á la